







Soy lector de Onetti, pensaba decirle, explíqueme qué quiere de mí. Porque así era como me sentía: clavado por Larsen y Petrus, sin derecho siquiera a creer en la desgracia de *El astillero*. En vez de ir y decírselo, me dediqué a releerlo en uno de los pocos libros que conservaba de la última mudanza.

#### Cuentos completos

J.C. Onetti  
Almagro, Madrid

# Maldito viejo

A si se llamaba el artículo sobre Onetti que, al igual que ahora, me tocó prefigurar hace ya mucho para la revista *Nómada Quadrado*, una publicación de dos mil páginas y mucha honra que circuló por Santiago de la mano del poeta Miguel Vecilla a principios de esta década. Con Miguel nos habíamos conocido en Barcelona el año 82 y recordé sobre todo a su novia de entonces, Ruth, que no era chilena y que a mí me pareció de talante más bien judío por sus ojos claros y no sólo por el nombre. Esos años, los de comienzos de los 90, eran rudos. Nos justificamos cada tanto con Ruth y Ruth en el piso de una antigua fotografía y dedicábamos buena parte del tiempo a fumar y a leer. Vicaría a Nietzsche, sobre quien él conocía todo lo casi todo, y yo a Onetti, entonces centro de un florío de homenajes con motivo del Premio Cervantes 1990. Incluido en una ocasión se apuntó por Barcelona y respondió con pausa y paciencia las preguntas de los periodistas, mientras no dejaba de pedir un whisky tras otro. La sesión fue televisada posteriormente y no sé si en la mitad o a la que iba de Mariano Molina en el prólogo a la edición de estos *Cuentos completos*, aunque por las fechas se diera por no. La crónica que consigna Mariano Molina es de 1975, cuando Onetti recién asentada en Madrid trajoendo el doble exilio de Montevideo y Buenos Aires, mientras que esta otra era de cuando ya le habían otorgado el Cervantes.

El hombre se quedaba entonces para un largo encierro en la avenida América, y mi más secreta inspiración era trasladarme a Madrid y golpear la puerta de su casa con intenciones seduloperiodísticas que de modo unilateral el padre evitó al fin. Soy lector de Onetti, pensaba decirle, explíqueme qué quiere de mí. Porque así era como me sentía: clavado por Larsen y Petrus, sin derecho siquiera a creer en la desgracia de *El astillero*. En vez de ir y decírselo, me dediqué a releerlo en uno de los pocos libros que conservaba de la última mudanza. Era un ejemplar de sus *Cuentos completos* editados en 1976 por Corregidor con un prólogo sobre y más bien informativo de Jorge Rulfo: "Vida" a alternativas con "Jacob y el oso", con "Bismarck Bob" y con "La casa en la arena", donde Díaz Grey se queja suave y secretamente ("Cuando Díaz Grey aceptó con indiferencia haber quedado solo, inició el juego de reconocerse en el único ser vivo que quiso permanecer en él, cambiante, ya sin India"). Creo, y admito también, haber llorado con el narrador de *Los tristes casos de la vida moderna* cuando al mencionar solo esté asomado a intentar círculos en el terreno,

lunes, y su conclusión era que sí y que no; es decir que no cabía otra actitud ante la literatura que aquella, y a la vez que ésta debía abrirse paso en el mundo editorial con las herramientas de la disciplina narrativa.

De manera más directa y simple, el propio Onetti lo dejó claro en uno de sus muchos artículos de opinión: "Tal vez nos constituyamos en servidores de la cienciaficción —señala—. Pero sentiremos que siempre sobrevivirá en algún lugar de la tierra un hombre distinto que dedique más horas al ensueño que al sueño o al trabajo, y que no tenga otro remedio para no pensar como ser humano que el de inventar y contar historias".

Puede que sea esta disposición límite, tensión y no cotidiana, la que explique el carácter del narrador onetiano: reservado y ambiguo por excelencia, a la vez que exigido a contar en ríspas y radicalmente el destino de sus personajes. Ha muerto hecho de paciencia y deseo, sólo admite fiels incondicionales o extremas joradas, muy pocas veces temporadas medias. Entre los segundos, los alternativos, ha hay de todas las clases, desde el escritor culturualista —según el justo apelativo de Rafael Ossangua— a por descontado su propio ingenuo y descazado formal, hasta el lector que abre un libro como si encendiera la radio y esperara un aria pública para llenar el oído.

Para los fieles, en cambio, se trata de una exigencia de lectura que proclama su autorrencia en la historia de la penuria y la piedad del tiempo, seducido por la vagancia y la disolución de los procedimientos, quienes del lector buscan recompensas. En su prólogo a los *Cuentos completos*, Mariano Molina lo dice: "Leer a Onetti no es difícil, según dice una superstición: basta tan sólo exigir lo que debería exigir siempre la lectura, una atención insaciable, un ensimismamiento que cancela cualquier otro acto, que suprime el mundo exterior. La mejor o la única manera de leerlo es echado en la cama, con mucho tiempo por delante, con una absoluta predisposición de soledad y penosa".

Nada más complicado, quizá, para nuestro agitado mercadotecnia cotidiana. Así así, hay que decir que Onetti es activo de leer no porque experimente literalmente, sino porque hace de sus liras y largas parafalias una experientia del tiempo, el tiempo perdido y ganado de la literatura que somos nosotros mismos a través de sus fictions.

Puesto a comparar con el desencajado ejemplar que me ha acompañado desde el 78 como único referente de tantas glorias floridas, la edición de estos *Cuentos completos* tiene la ventaja

# **Maldito viejo [artículo] Roberto Brodsky.**

Libros y documentos

## **AUTORÍA**

Brodsky, Roberto, 1957-

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1999

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Maldito viejo [artículo] Roberto Brodsky. il.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)

Mapa